

## I. Infancia y adolescencia



Vine al mundo el 31 de octubre de 1937, en una Maternidad que había en la calle O'Donnell de Madrid. Y lo primero que vi, si mal no recuerdo, fueron los resplandores de las bombas con las que las tropas franquistas obsequiaban a la Ciudad Universitaria. Y por supuesto, debí también de escuchar el estruendo. ¿Afectó algo a mi personalidad? Dejo la palabra a los quiromantes y astrólogos. A quien sí debió de afectar, y mucho, es a mi madre. Resplandores y estruendos de explosiones de bombas no debe de ser precisamente un alivio durante los dolores del parto. Y por si fuera poco, a la una de la madrugada.

De procedencia cordobesa, mi padre y mi madre habían venido a Madrid impulsados por uno de los dos hermanos de mi madre, Adriano Romero, (de Villanueva de Córdoba)<sup>1</sup> que había salido Diputado a Cortes por el PC en las elecciones de marzo de 1935 y se trasladó a Madrid, arrastrando consigo a mis padres, que se instalaron en la sede del PCE. Mi padre, también afiliado al partido, no era una figura relevante en el mismo. (En la foto, mis padres con mi hermana, yo no había nacido) Carpintero de oficio, había estudiado francés y servía un poco como de «chica para todo». Era algo así como el conserje y también era el encargado de las relaciones con los sindicatos, especialmente con la CGT francesa. Entre sus tareas estaba la de pasar a limpio los discursos que preparaban los líderes, especialmente Dolores Ibarruri, que al parecer no mantenía muy buenas relaciones con la sintaxis ni la ortografía. Según me contaba mi madre (a mi padre le perdí con 9



*Adriano Romero Cachinero, también de Villanueva de Córdoba, perteneciente al «Buro» Político del P.C. desde octubre de 1932, donde desempeñaba la secretaría de Agricultura.*

años de edad, como ya relataré) Dolores se enfadaba con él porque interpretaba sus correcciones como cambios en el texto. Sin haberla conocido (me llevó muchas veces en brazos, pero yo no tenía todavía uso de razón) el recuerdo de mi padre y mis propias tendencias, que estoy seguro de haber heredado de él, me dicen que era Dolores la que se equivocaba, y que mi padre respetaba rigurosamente el contenido. De siempre yo he sido un enamorado de la ortografía y la sintaxis.<sup>2</sup> Y en ocasión de los regalos de Reyes, mi padre me compró (tendría yo 6 ó 7 años) el «Curso de Redacción», de Miranda Podadera, no sin advertirme que lo había comprado él, que los Reyes Magos no existían.

Nada sé de mi vida en el Partido, sí de lo que sucedió cuando las tropas de Franco entraron en Madrid, (yo tenía dos años) porque se lo he oído contar a mi madre. De sus dos hermanos, el menor, Antonio, que vivía en Villanueva de Córdoba, huyó a pie hasta Francia y cruzó la frontera por el monte sin contratiempos. El mayor, Adriano, fue detenido y condenado a dos penas de muerte, aunque no tenía delitos de sangre, pero sí una significación política.

La imagen que se formó mi mente infantil del PCE, a través de lo escuchaba en casa era bastante simple. Al parecer, las

---

<sup>1</sup> Citado por Francisco Moreno Gómez en «La República y la Guerra Civil en Córdoba (1)» Edición del Ayuntamiento de Córdoba, 1983.

<sup>2</sup> A lo largo de mi vida he encontrado curiosos personajes militando en partidos de izquierda que me reprochaban mi afán por corregir escritos, incluso faltas de ortografía, alegando que ese es el lenguaje del pueblo».

delegaciones de vecinos o asociaciones que venían de las provincias a presentar alguna queja al Parlamento se las endosaban todos al PCE. Y cuando Dolores se preparaba para participar en los debates, Indalecio Prieto (al parecer, el guasón del Parlamento) desplegaba una sabana ante sí para secarse las lágrimas. Llegué a la conclusión de que el partido cultivaba la imagen de Dolores (La Pasionaria) para llevar la voz del pueblo a la Cámara y el resto de los partidos lo aprovechaba para quitarse engorros de encima. Y la voz del pueblo era para ellos motivo de chirigota.

Poco antes de que tomaran Madrid, lo que quedaba de la plana mayor del PCE voló a París en un avión. Mi padre se quedó con un montón de documentos y libros comprometedores, que tuvo que quemar. Fue detenido y encarcelado poco tiempo, porque, además de que no le encontraron nada que consideraran



*En la foto, mi hermana y yo con una sobrina de mi padre, en la puerta del Retiro.*

peligroso<sup>3</sup>, no había participado en la guerra, por ser corto de vista. Parece ser que tuvimos que abandonar la sede del partido y buscar un piso de alquiler. Pero mi padre despertaba sospechas y no durábamos mucho en ninguno. Ni sé en cuantos estuvimos ni cuanto tiempo, solo sé que al final recalamos en uno y allí nos quedamos. Estaba en la calle San Isidoro de Sevilla, al lado de la Puerta de Toledo, y tenía un comedor, dos habitaciones y el cuarto de baño, que no era tal, porque no tenía lavabo, sino solamente la taza del water. Nos lavábamos en una palangana grande. Era interior, y muy frío. En invierno vivíamos en la cocina, con unos trapos colocados debajo de la puerta cerrada para que no entrase el frío.

También sé que en medio de aquellos apuros, mi padre visitó a varios simpatizantes del Partido que no habían sufrido persecución por ser desconocidos por la policía, pero frecuentaban la sede. Todos le cerraron las puertas, y hasta uno, que era médico, tuvo la desfachatez de decirle que no le conocía de nada, que se equivocaba de persona.

Gracias a su oficio, encontró trabajo en un taller de carpintería. Y a trancas y barrancas fuimos saliendo adelante. Mi tío Adriano, en la cárcel, nos envió a su hijo, al que le había puesto el nombre de Ilich, mientras su hija, Dolores se quedó en Sevilla, con su madre, que nunca quiso saber de política. Cuando cumplí los 5 años me quiso apuntar en un colegio de primera enseñanza que

---

<sup>3</sup> Aunque sí miraron con desconfianza la biblioteca de mi padre, pero éste ya la había expurgada de lo mas comprometedor.

había cerca de casa. Le pidieron el certificado de bautismo, e intentó zafarse alegando que la iglesia en la que me había bautizado había sufrido un incendio durante la guerra. No picaron y le dijeron que tenía que bautizarme de nuevo. Eso era más de lo que él podía admitir y, cogiéndome de la mano dijo: «Vámonos a casa, yo te enseñaré lo que haga falta». No pisé nunca más una escuela. Si hay algo que agradezco a mi padre fue ese gesto, porque me libré de muchas cosas: De cantar el *Cara al Sol*, de las clases de religión, de la Historia de España condensada en la lista de los Reyes Godos y de esa formación (o mejor, deformación) que incrusta en las mentes infantiles la concepción jerárquica de la sociedad. El maestro es el que sabe, los demás somos discípulos.

Mi padre nos ponía las lecciones a mi hermana, mi primo y a mí antes de irse al trabajo, para corregirlas a la vuelta. Recuerdo que yo les daba un repaso, las hacía rápidamente y me marchaba a jugar, que era mi afición. Mi primo, en cambio, se acodaba ante el cuaderno y sufría para hacerlo. Cuando llegaba mi padre y lo corregía, lo mío estaba correcto. Mi madre se hacía cruces diciendo: Pero si no le ha dedicado casi tiempo. Mi madre me contaba que salían a la calle conmigo e iba leyendo los letreros, para asombro de los viandantes.

Ya con 7 u 8 años, por las mañanas me iba al Mercado Central de Pescados, de la Puerta de Toledo a recoger las tablas de las cajas de pescado (las abrían para que los pescaderos vieran el género) y llevarlas a casa para la lumbre. Si alguno de los clavos que llevaban se enganchaba en alguna pescadilla, y no había nadie

cerca, se iba para casa entre el montón de tablas. Yo era uno más de los chavales que recogían tablas y tuve más de una disputa por ellas. Después tenía que ponerlas a secar en un solar cercano y vigilarlas para que no me las robasen. Mi padre hizo un falso techo de madera en el water para almacenar tablas y evitar que tuviese yo que ir al mercado en los días más fríos. Los sabañones no me abandonaban en todo el invierno.

Poco duró la tranquilidad. En 1945 mi padre contrajo la tuberculosis y pasó sus últimos meses en la cama. Mi madre iba y venía al Monte de Piedad, nosotros comíamos ollas de boniatos y sardinas, y muchas noches nos íbamos a la cama sin cenar sin que se enterara mi padre. En esa situación, llegó un indulto, no recuerdo en que año, de los que daba Franco el 18 de julio, y mi tío salió de la cárcel, en libertad vigilada. Tenía que presentarse en el cuartel de la policía cada no se cuantos días. No estuvo mucho tiempo, porque movió los hilos (tenía mas relaciones que nosotros) y se marchó a Francia con su mujer y su hijos escondidos en un camión.

Después que enfermó mi padre, me mandó mi madre un par de veces a su pueblo, Villanueva de Córdoba, para que comiera caliente en casa de su madre, viuda, que venía a Madrid de vez en cuando a visitarnos. Quizás también porque temía que me contagiara con la tuberculosis, dado el estado de casi desnutrición que sufríamos. En uno de los viajes me dieron una gallina viva metida en un cesto. Con un calor infernal en aquellos vagones de 3ª con asientos de listones, y atestados de gente con bultos y

maletas, abrí el cesto para que respirara la gallina y al ver como respiraba sofocadamente, con el pico abierto, el que sentaba al lado me dijo que aquella gallina tenía el moquillo, que él entendía de eso y que habría que llevarla donde la atendieran, a lo que se ofreció. En aquellos tiempos, una gallina en casa era como un regalo de los dioses. Le contesté que no sufriera por la gallina, que yo sabía muy bien lo que había que hacer con ella.

La muerte de mi padre, el 15 de diciembre de 1946, me dio una lección de esas que marcan a fuego y no se olvidan jamás. Mi padre tenía un compañero de trabajo y amigo, Félix, con el que hizo algunos muebles, incluso para el médico que atendía a mi padre. Nos visitaba con mucha frecuencia y recuerdo muchos domingos que salíamos con él mi padre y yo a pasear por el rastro, que nos quedaba muy cerca. Los últimos días de su vida le dijo a mi madre en más de una ocasión: «Cuando os falte yo, acudir a Félix que os eche una mano». Porque no teníamos más parientes en Madrid que un primo lejano de mi padre, al que veíamos de Pascuas a Ramos. Y en el barrio, ya nos habían calado (una de las razones es que no íbamos a misa) y eso destacaba mucho en los barrios pobres de Madrid, porque los habitantes salían poco del barrio, los que los hacía muy semejantes a un pueblo.

Murió en brazos de mi madre, a las diez de la mañana. De inmediato me mandó a casa de Félix a comunicarle lo sucedido. Vivía en una portería de la Carrera de San Francisco. Él mismo me abrió la puerta, con la cara medio enjabonada. Se estaba

afeitando. Con gesto compungido me dijo que volviera a casa, que el me seguiría en cuanto terminara de afeitarse. Nunca más le vimos el pelo. Cansada de esperar, mi madre buscó a aquel pariente lejano de mi padre, que vino de inmediato y se ocupó de todas las gestiones necesarias para el certificado de defunción y el entierro.

Fue como un mazazo para nosotros. De seguro, pensó que nos agarraríamos a él como una lapa y optó por desaparecer. Es claro que mantenía la «amistad» con mi padre porque le proporcionaba trabajo extra y nada más. Me dolió mucho que mi padre muriera sin saber como era su «amigo». Por otra parte, me asombré de que no hubiese olido la catadura del individuo en los años de relaciones con él. Lo cierto es que con esa experiencia, a edad tan temprana, quedé vacunado contra esa enfermedad. No lo supe entonces, lo he sabido después cuando veo con cuanta reticencia he prestado mi confianza a quienes he conocido a lo largo de mi vida.

Para rematar la faena, cuando estábamos velando el cadáver en casa, llamaron a la puerta. Mi madre fue a abrir y apareció un cura a darle la extremaunción. Al parecer había sido llamado por una vecina, no sé con que intenciones. Mi madre me dio una lección de coherencia y entereza de ánimo diciéndole que allí no le necesitábamos para nada.

Así pues, mi madre se encontró, con 37 años de edad, viuda y con dos hijos pequeños, sin saber como salir de aquella situación. Gracias a otra vecina, con la que nos llevábamos bien, que

limpiaba por horas en varias casas, encontró la posibilidad de emplearse cosiendo por las casas. No sé si eso aún se practica. Familias de la clase media contrataban a una costurera para darle trabajo en casa, ensanchando vestidos, zurciendo rotos, haciendo sábanas de tela comprado por metros, etc. Mi madre tenía el curso de corte y confección, que había hecho en su pueblo cuando joven, lo que le permitió ofrecerse como modista. Pronto tenía más trabajo del que podía realizar y en pocos meses dejó de trabajar por las casas y se dedicó a hacer vestidos en casa.

Por mi parte, yo fui siendo conocido en el Mercado de Pescados, y me ofrecieron trabajo, con 11 años para hacer recados con un mayorista de pescados. Poco tiempo después, un pescadero que frecuentaba a ese mayorista, me ofreció un empleo fijo en su pescadería, que estaba en un mercado del barrio de Salamanca, para limpiar pescado, repartirlo por las casas, etc.

Entretanto yo había empezado a devorar los libros de la biblioteca de mi padre, un armario ropero con estanterías de arriba abajo, lleno hasta los topes. La mayoría eran ediciones de Editoras anarquistas, que en su afán por dar cultura al pueblo, con papel de baja calidad y precios muy baratos, habían hecho un recorrido por toda la literatura universal. La más prolífica era la Editorial Prometeo, de Valencia, dirigida por Blasco Ibáñez. Había muchas obras de teatro, desde los clásicos griegos hasta Benavente, pasando por Shakespeare (tenía las obras completas), Lope, Calderón, Maquiavelo, Ibsen y Cervantes, entre otros. También tenía novelas de Balzac, Zola, Victor Hugo, Eça de

Queiroz, Máximo Gorky, Blasco Ibáñez, etc. Naturalmente, no faltaba el *Quijote*, (uno de los primeros que leí, quizás por su fama) ni *Los miserables*, *La divina Comedia*, *La Odisea*, etc. Y una ristra de volúmenes de la «Colección Universal», de Calpe, con cuentistas rusos, ensayistas y filósofos alemanes, etc.

Estos fueron mis mentores intelectuales, sin contacto abierto con ideologías (como ya dije, mi padre se libró de lo peligroso) y recuerdo que mis preferidos eran Cervantes y Shakespeare, (me fascinaba sobre todo la figura de Hamlet y la de Falstaff).

También me aficioné a las novelas de misterio, que se cambiaban en los quioscos. Corrieron por mis manos Agatha Christie, Erle Stanley Gardner, Rex Stout, Conan Doyle... Hoy estoy convencido de que no perdía el tiempo, porque esa lectura contribuye a hacernos más observadores de las pequeñeces (que en ocasiones dejan de serlo) que nos rodean en la vida diaria.

No estuve ni dos años en la pescadería, de los que no hay mucho que contar, en cuanto a experiencias. Aquello no me gustaba y lo último que pensaba era ser pescadero. Un amigo del barrio me propuso ir a trabajar a una engomadora de un tío suyo. Estaba en la calle Murcia, muy cerca de la estación de Atocha. En la fábrica compraban los rollos de papel sin engomar y en una máquina que tenía un depósito de goma caliente y liquida le pasaban un lado del papel, que después entraba por una secadora y se enrollaba ya como papel engomado. Tampoco hay nada que contar de aquel nuevo trabajo. Entonces, en 1953, ya con 16 años de edad me surgió un trabajo para una tienda de aparatos

eléctricos al lado de donde había trabajado de pescadero. Ya fui registrado legalmente. Mi trabajo consistía en atender a la clientela en el mostrador y también hacer reparaciones en estufas y hornillos, generalmente cambiar resistencias rotas. El dueño me empezó a llevar con él a reparar averías, dejando en la tienda a su suegro, maquinista de la RENFE, ya jubilado. Aquí empecé a conocer el patio trasero del famoso Barrio de Salamanca, conocido en Madrid por ser el «barrio de los ricos». Nuestra clientela era variopinta, y abarcaba desde elegantes burdeles hasta conventos y viviendas de lo que entonces se llamaban «ricos nuevos», que compraban los libros por metros<sup>4</sup> entre otras lindezas.

Empezamos a vender a plazos aparatos de radio y el dueño de la tienda enviaba a cobrar a domicilio a su suegro, poco habituado a esos menesteres. Había días que venía furioso y nos decía indignado: «Si es la señora la que ha comprado la radio, la que sale a abrir es la criada y dice que su señora no está, pero si es la criada la que lo ha comprado, resulta que abre la señora y dice que la criada ha salido. Y si me enfado me dicen que no grite para que no se entere la vecindad. ¡Pues eso es lo que quiero, que se enteren de que Vd. es una tramposal!»

---

<sup>4</sup> Tenía un conocido que se dedicaba a la venta de libros a domicilio, y me contaba sus peripecias en el barrio de Salamanca, desde los que le daban la medida del largo del estante que había destinado para los libros y nada quería saber sobre los títulos, hasta los que los elegían por el color de la encuadernación para que hiciesen juego con el conjunto.

En una ocasión sufrí un gracioso percance. En un convento cercano tenían una avería en los candelabros del altar que producía un cortocircuito. Con una de las madres al lado, estaba trajinando de un lado al otro del altar. Llegó un momento en que la madre no pudo más y me pregunto porqué no me santiguaba e inclinaba cada vez que pasaba por delante. Le contesté que trabajando no estaba para ello, pero al volver a cruzar, quizás porque me había puesto nervioso, tropecé con la alfombra y me caí tendido delante del altar. Se santiguó y hasta hoy estoy convencido de que lo consideró un castigo de Dios.

En aquel convento tenían un plantel de chicas internas, no sé si por que no tenían padres reconocidos o porque los padres las habían dejado allí. Se dedicaban a bordar y cantar salmos. Mas de una vez encontré allí señoras encopetadas que llevaban mantelerías o sábanas para que las bordasen. Un negocio redondo. Según se rumoreaba, cuando las chicas salían de allí eran unas fieras sedientas de sexo. Está dentro de lo posible.

Tres años trabajé allí, hasta que un amigo del barrio, que era hijo de un encargado de una fábrica de bombas de agua, me dijo que su padre necesitaba un electricista en la fábrica. Era un taller mediano, (unos 80 obreros) que se dedicaba a mecanizar y montar bombas para pozos y para riego, así como cercados eléctricos para ganado y grupos electrógenos (en aquella época había restricciones en el suministro de energía eléctrica)

Estaba en una pequeña calle, situada al lado de la calle de la Princesa, detrás de la torre de Madrid.

Al padre de mi amigo le tenían todos por un ogro. Ancho, fuerte y con las piernas arqueados, también le llamaban el «mono». Tenía su garita, acristalada en medio del taller, desde donde podía controlar los movimientos de todos. Así, cuando veía uno que iba al retrete y tardaba más en volver de lo que el calculaba, se levantaba, iba al retrete y golpeaba la puerta gritando: ¿Estás cagando cuerda?. Nada le importó que fuese amigo de su hijo. A los pocos días de estar allí, me paré a ver como un mecánico montaba una bomba y apareció por detrás, me tocó en la espalda y me preguntó: ¿Eres el inspector del taller?

Eran las primeras señales que me llegaban de lo que es la vida de un obrero en el centro de trabajo. Ahora es cuando entraba de lleno en la vida laboral. Lo que sigue merece capítulo aparte.

Solo me resta añadir un par de detalles. Mi padre compraba el periódico (no recuerdo cual) diariamente, aún estando en apuros económicos. Yo debí de heredar el vicio y también me enganché al periódico diario, primero el Ya y después me pasé al Pueblo, de Emilio Romero. Recuerdo que le cogí un gazapo y le escribí criticándole. Naturalmente, no lo publicó. Empezaba a despertar mi vena crítica, que no me abandonó hasta hoy. Generalmente, las ganas de escribir me aparecen cuando leo algo que creo que debe ser contestado.

Como ya había «liquidado» la biblioteca de mi padre, cuando volvía del trabajo (siempre hacía el camino andando) me desviaba para entrar en la Biblioteca Municipal que hay en la Calle Mayor, donde leía durante un par de horas. Empezaron a interesarme los

intrínquilis de la corriente eléctrico, para no quedarme solo en la práctica e intenté matricularme en el Colegio Profesional Virgen de la Paloma, pero no pude porque hacía falta tener el certificado de la escuela primaria.

Entretanto ya empezábamos a salir de las penurias. Mi madre ya tenía una clientela fija haciendo vestidos y mi hermana trabajaba desde 1951 en una fábrica textil, cuando yo aún estaba en la engomadora.